

Ernest. Déjame

Alberto Díez Gómez

Festival ZINEBI 62, noviembre de 2020.

¿Por qué elegir estas dos películas para escribir?

Entre toda la programación que ofrece ZINEBI 62, más de 130 títulos, decido *escribir sobre* dos documentales de los que desconozco por completo a quienes estaban dedicados. Puedo decir que simplemente los elijo por las sinopsis que de ellos se hacen en la página del festival. Siento que tengo la libertad para ello, afortunadamente nunca nadie nos ha dicho (ni a mí ni a mis compañeras de TXT-Lab) *sobre* qué escribir en ZINEBI.

Película 1: Déjame hablar (Documental)
Samuel Alarcón España / 2020 / 20'

De esta cabe destacar también el realizador de sonido Sergio López Eraña que, tal y como se comentaba en la sala, había recibido hacía unos días el premio al mejor sonido en el Festival de Cine de Alcalá de Henares. Y el objeto del documental, el gran desconocido para mí: el músico Luis de Pablo.

«La trayectoria del compositor bilbaíno Luis de Pablo (1930) ha sido reconocida este año con la concesión del León de Oro a su carrera en la Biennale de Venezia. De Pablo es el compositor español vivo —junto a Cristóbal Halffter— con una obra sinfónica más rica y extensa, que va desde la música de cámara a la ópera.»*

En la pantalla del auditorio del Museo de Bellas Artes de Bilbao, después de una breve presentación, aparecen dos hombres. Son el director de la película: Samuel Alarcón y otro personaje que tardo en identificar, en saber su nombre. Ambos presentan al personaje del breve documental que veremos, y se despiden. —Hasta dentro de 20 minutos.

En este momento se confunde lo que pude comprender al ver *Déjame hablar*, y todo lo que estos dos hombres explicaron, no solo acerca del proceso de creación del corto, sino también del complejo personaje de Luis de Pablo que sigo desconociendo. Viendo la pantalla, (o mirándola) recuerdo haberme preguntado si eso era realmente un documental. A esa pregunta yo no digo ni que sí, ni que no, porque en realidad no importa. Me explico. Podría parecer que la calificación de «documental» respondería a una necesidad del festival para nombrarlo de algún modo; pero no, Samuel Alarcón quiso hacer un documental sobre Luis de Pablo y llegó a hacer una pieza sorprendente alejada de lo que se entiende normalmente por documental. Desde su duración, 20 minutos para una vida profesional que se extiende a lo largo de 70 años, hasta su forma.

«ZINEBI se suma al homenaje a la figura del compositor galardonado con el Mikeldi de Honor del festival el año 2010. En esta ocasión, por medio de la proyección del cortometraje experimental *Déjame hablar* (Samuel Alarcón, 2020), que propone un ejercicio de escucha de la música de Luis de Pablo a través de la selección de algunas de sus piezas, pertenecientes a diferentes períodos de su obra. Estrenada en la Biennale, con motivo de la ceremonia de entrega del premio honorífico al compositor, la pieza propone un viaje sensorial por el microcosmos creativo de un De Pablo que acaba en su estudio con la tarea cotidiana de composición.»

Yo no sé nada de música, así que pido disculpas si en algún momento me patina algún término, alguna imprecisión. Lo asumo. No saber nada de música, por un lado, me excusa quizás, pero por otro, me mueve. Esta es otra de las razones por las que elijo *Déjame hablar* para escribir. La forma, que decía antes, toma especial protagonismo en esta pieza, construida con las tomas de un solo día, tras cuatro años de trabajo. Fue la opción de dar decidida importancia y protagonismo a la música de De Pablo frente a la imagen. Se puede decir que básicamente, *Déjame hablar*, se organiza como en varios actos donde una cámara desenfocada recorre diferentes lugares del estudio del artista, interrumpidos por un encuadre breve del mismo, donde, creo recordar, que aparece el completo silencio.

Oigo. «Sonoridad. La viola con una frecuencia más baja, desplazada siempre por el violín». ¿He escuchado una viola? No puedo saberlo. Un oboe, un oboe creo que sí.

Sí, la música del compositor toma un protagonismo, que no hubiera sido en un formato documental más convencional. Pero seguía siendo una película y las imágenes no hablaban más que de porciones irreconocibles de un estudio desconocido. Yo me preguntaba por qué no llevar al extremo la abstracción, o por qué no ver la pantalla en negro absoluto, por ejemplo. Parece que la intención era invertir el papel de la música, siguiendo la premisa del maestro Luis de que en el cine más comercial, la música cumplía un papel accesorio. Es decir, en *Déjame hablar* se quería que la imagen, de forma casi excepcional fuera al son de la música. Pero ¿para qué? Quiero decir, me hubiera gustado acudir de todas formas al auditorio a ver una pieza audiovisual aunque no hubiera *nada que ver*, que hubiera sido una experiencia completamente distinta a la de acudir a una audición, que tampoco era el caso. Tan solo son preguntas que me hacía mientras veía este documental sin diálogos, sin cronología, sin historia, sin contexto, sin opinión. Tan solo él, y está bien que haya sido así.

El otro hombre que habla es Miguel Álvarez-Fernández, compositor, musicólogo y profesor, personaje que me parece interesantísimo por su manera de abordar las diferentes perspectivas que cruzan una vida como la del gran compositor experimental (y gran desconocido para el público general) Luis de Pablo. Miguel habla sosteniéndose en el libro que él mismo ha publicado este año: *Luis de Pablo: inventario* que «recoge una larga serie de conversaciones sostenidas a lo largo de varios años en el domicilio del compositor».

De Luis de Pablo como artista me quedan dos cosas. La determinación de una vida dedicada a la música como única actividad; y su resistencia a la vanguardia, que se entiende como una resistencia a la moda. «Su obra es problemática, crítica, es decir intelectual —dice Miguel Álvarez—».

Tras la proyección, el cineasta y crítico Samuel Alarcón conversará sobre la figura de Luis de Pablo con el musicólogo Miguel Álvarez Fernández, autor del libro Luis

de Pablo: *Inventario*, editado este año por Casus Belli, y en el que el autor de las composiciones que hicieron inolvidables películas como *Operación H* (Néstor Basterretxea, 1963), *La caza* (Carlos Saura, 1966), *El espíritu de la colmena* (Víctor Erice, 1973) o *Reina Zanahoria* (Gonzalo Suárez, 1977) nos muestra el pensamiento estético de un intelectual del siglo XX que debe darse a conocer.

Como momento histórico de la música, Luis de Pablo contribuyó a una tarea muy interesante que fue —en palabras de Álvarez—, la de insertar (de nuevo) la música española en el concierto europeo después de la Guerra Civil, al nivel de otros Estados como Francia. «Música, la española, que había quedado trabada en un nacionalismo recalcitrante representado por la música de Manuel de Falla». Su tarea ha sido, nada menos, que poner en la palestra el *pensamiento musical*. Expresión que, no sé por qué, me afecta.

Película 2: Ernest Lluch, libre y atrevido (Documental)
Josep Morell & Jordi Vilar. País Vasco / 2020 / 60'

Esta película documental, ahora sí ajustada a los cánones del documental, se proyecta la misma tarde que *Déjame hablar*, pero en el auditorio del Guggenheim. Lugar parecido pero completamente distinto. Otra atmósfera, otro público, otro asunto.

El tema del documental nos toca de lleno: uno de los asesinatos más recordados de E.T.A., el de Ernest Lluch, economista, exdiputado y exministro del PSOE en el momento del suceso. Que sea una herida reciente es una de las razones por las que elige *Ernest Lluch, libre y atrevido* para escribir. No suelo elegir temas de la política para escribir, porque sinceramente no me interesan para escribir; pero además de ser un tema de la política es un tema político, y ahí, como con la música, entro.

«Ernest Lluch, fue un agitador del pensamiento y un hombre poliédrico que tenía una gran capacidad de deslumbrar a la gente con nuevas ideas. Él fue una de las personas que ayudó a poner los cimientos para hacer de España un país moderno; con la implementación de la sanidad pública universal y gratuita. Mientras intentaba construir puentes de entendimiento en Euskadi el comando Barcelona decidió poner fin a su vida en el año 2000.»

En el año 2000 yo tenía 8 años (9 cumpliría el 28 de diciembre) pero no recuerdo de forma clara el asesinato de Ernest Lluch, no así el de Miguel Ángel Blanco (1997), ese día estábamos en la playa; y más claramente el de Isaías Carrasco (2008) cuyo lugar puede reconocer una década después, como un encontronazo, paseando por el barrio de San Andrés en Arrasate. Lo reconocí, sí. Inexplicablemente la imagen de la calle de casas blancas, cortada por una escuela al fondo, se había quedado en mi recuerdo. Recuerdo que mi compañero de paseo se sorprendió de la asociación tan inmediata. No muy lejos de allí, me contaba, había estado secuestrado Ortega Lara (1996-1997), en las catacumbas de una nave industrial, al lado de la *haurreskola* donde entonces jugaba él. Sí, de aquel secuestro también me acordaba.

Durante la presentación del documental salen algunos conceptos clave que se escuchan cuando se habla del terrorismo de E.T.A.: Conflicto vasco, conflicto político, diálogo, construir puentes de diálogo, memoria histórica, pluralidad, socialización de la violencia, socialización del dolor...

Todo aquello lo recuerdo por la televisión, algunas de aquellas imágenes repetidas hasta la saciedad. Pero, de primera mano, solo he vivido algunos ataques de E.T.A. acontecidos en Bilbao entre 1997 y 2011 (año del «alto al fuego permanente y de carácter general»). La casa de mi madre, en el barrio de Uribarri, se encuentra cerca del cuartel de la Guardia Civil; directamente relacionadas con este hecho recuerdo dos bombas. Una fue una furgoneta-bomba que explotó en la avenida Maurice Ravel, entonces una autovía urbana intransitable para peatones que cruzaba (y cruza) el cuartel de parte a parte en dirección Guggenheim, hacia el puente de La Salve. Aquella detonación hizo templar toda la casa. Yo, pequeño, me encontraba de pie jugando frente a la habitación de mí hermana, mi madre a la izquierda en bata. La otra fue un coche-bomba colocado frente al colegio público Montaño en Artxanda, en la calle Vía Vieja de Lezama por donde pasaban a diario las patrullas de la Guardia Civil, en el entorno del cuartel. La detonación dejó un profundo cráter y destrozó las ventanas del colegio, que poco después cesaría su actividad por falta de estudiantes. Se cuenta que fue colocada por un joven que tenía relación de parentesco directo con un trabajador del colegio, y que bajó a refugiarse a la *herriko taberna* (torpe elección) de Uribarri donde fue detenido por la Guardia Civil; momento en el que se meó encima. La tercera bomba que recuerdo fue una de las últimas de E.T.A., dirigida contra la sede de EITB en Basurto. Era medio día y yo estaba junto al mueble de la sala. Aquello sonó como un cohete muy potente, pero de otra manera, un sonido distinto desde luego. Al instante supe que no era un cohete. Poco después pude ver en la televisión el momento de la explosión (parece que había aviso) cuando buena parte de la fachada de cristal del edificio se vino abajo. Pienso que aquí, en este territorio, cada persona tendrá su propia colección de bombas, secuestros y extorsiones según su edad; otros también su propia colección de torturas, asesinatos de Estado, persecución ideológica y dispersión etc.

Durante el documental se producen dos reproches significativos, dolorosos y sin interlocución.

El primero en 1999 en un acto del PSOE en la Plaza de la Constitución de San Sebastián. Ernest Lluch se enfrenta desde una especie de escenario a un grupo de la izquierda abertzale que intenta reventar el acto, y les dice con una voz aterrada, casi como si esperara un tiro en ese mismo momento. Como ante un pelotón de fusilamiento, les dice:

«Gritad y gritad más, porque mientras gritéis no mataréis. Estas serán las primeras elecciones en las que no morirá nadie». Era el alto al fugo de E.T.A. de ese año.

Lluch sabía que estaba en el punto de mira. Antes o después de aquello, ese mismo año, un grupo de personas habían entrado en la casa en la que vivía con su hija. Traspapelaron sus escritos, revolvieron sus documentos pero no robaron nada.

En el documental: sonido de txalaparta para los momentos de tensión,
sonido de piano para los momentos de dolor. Todo un formalismo.

El segundo momento se produce, una vez asesinado Lluch, al finalizar la manifestación de Barcelona. Gemma Nierga, desde otro escenario, habla frente a la cabecera detenida de la manifestación, compuesta por Ibarretxe, Puyol, Rodríguez Zapatero y Aznar entre otros. «Ustedes

que pueden, dialoguen por favor» les dice. En los días posteriores surgieron las interpretaciones (lectura de labios), de las reacciones de los políticos frente a aquella frase. «Pero ¿quién le ha dicho que diga eso?» se preguntaban entre ellos.

En el documental se escuchaban muchas voces, y me quedé con ganas de escuchar la de Ernest Lluch. En esto, ambas películas, antagonistas.

¿Por qué elegir estas dos películas para escribir? es diferente que decir *¿por qué escribir sobre estas dos películas?*

*Fragmentos de las sinopsis de *Déjeme hablar* y *Ernest Lluch, Libre y atrevido*; respectivamente, en la web de ZINEBI 62.